

pues la tiple acababa de modular una frase encantadora.

Los amigos de la Marquesa prorumpieron en un aplauso estrepitoso, y el público, arrastrado, á pesar de sus prevenciones contra la empresa, aplaudió gritando:

—Bravo, bravo.

En aquel momento cayó el telon y la tiple fué llamada á la escena.

Presentó la Marquesa su semblante sereno á Lanuza, que aplaudía desde su butaca, y sus miradas se cruzaron.

Mercedes vió esto, y se la oyó reir desesperadamente en medio de los aplausos.

Aquella ovacion inesperada á la *prima donna* era un triunfo de la Marquesa.

CAPÍTULO III.

El cazador de leones.

Luégo que terminó la ovacion imprevista tributada á la *primera donna*, el diplomático, cuidando de no ser visto por los otros dos consignatarios de la triple alianza, se escurrió bonitamente entre la confusion de los que invadian el tránsito que divide las butacas en dos hemisferios, y ganó la puerta. Mas su precaucion fué inútil, porque el Vizconde y el marino lo vieron escurrirse, é hicieron como que no lo habian visto, sin embargo de que debieron sentir la misma sospecha; esto es, que iba al palco de la criolla.

Un instante despues el Vizconde se levantó, diciendo á su compañero:

—Lo veo á V. en ánimo de no abando-

nar su butaca, y yo no puedo resignarme á estar tanto tiempo sentado; voy á ver qué se ruge por los pasillos y á fumar un cigarro. Usted debe permanecer aquí en observacion.

—Por ahora, dijo el marino, no pienso levar el ancla; despues verá lo que hago.

Salió el Vizconde, y el marino lo siguió con la vista hasta el otro lado de la puerta, por la que á la vez salia mucha gente.

Entónces se escapó de su butaca, como una alhaja de su estuche, y se lanzó fuera de la sala por la misma puerta por donde habian salido poco ántes el diplomático y el Vizconde, diciendo entre dientes:

—Es la tercera de los números impares.

Aunque con algun trabajo, porque era noche de lleno completo, pudo abrirse paso hasta llegar á la escalera que conduce á las plateas, mascullando estas palabras:

—Ésos han hecho rumbo á la izquierda, yo lo hago á la derecha.

Y bajando la cabeza, como quien embiste, se adelantó apresuradamente por el corvo pasillo que tenía delante, avanzando hasta el

número 5, correspondiente á la tercera platea del lado de los números impares.

Al llegar allí se detuvo bruscamente, sorprendido por la inesperada presencia del diplomático y del Vizconde, que á un mismo tiempo llegaban á la misma puerta. Los tres aliados se miraron con semblantes poco complacidos, admirándose de verse juntos casi en el momento en que acababan de separarse.

El Vizconde, más ingenuo ó más ligero, soltó la carcajada.

—¿De qué se ríe V.? preguntó el marino..... No comprendo el motivo de esa estúpida risotada.

—El motivo, contestó el Vizconde, es bien patente, y no hay para qué engañarnos. Los tres hemos concebido el mismo proyecto y hemos llegado aquí con la misma idea..... Es una coincidencia bastante cómica, que debe hacernos reír con toda franqueza.

—Yo, dijo el diplomático, prometo reírme; pero ántes me parece indispensable que se descifre el enigma.

— Eso es, añadió el marino, sepamos de qué hemos de reirnos.

— Apartémonos un poco de esta puerta, á que hemos venido á llamar los tres á un tiempo, y sin peligro de que nos oigan, lo cual sería un chasco, descifraremos el enigma y sabremos de qué hemos de reirnos.

La advertencia debió parecer muy oportuna al diplomático y al marino, pues separándose dócilmente de la puerta, fueron á colocarse á una distancia respetable.

— Vamos al caso, dijo el Vizconde: tenemos un clavel en pleito, y claro está, cada uno de nosotros pretende que el litigio se falle á su favor: el tribunal que ha de dictar la sentencia es algo caprichoso..... Es un tribunal que tiene veinte años de edad y trescientos mil duros de renta; pero hay un modo poderoso de influir en su decision.....

— ¡Bah! exclamó el marino..... Ya veo dónde va V. á parar.

— Sí, añadió el diplomático, me parece que yo tambien adivino.

— Veamos, dijo el Vizconde.

— Supongo que se refiere V. á la rivali-

dad que existe entre la criolla y la Marquesa.

— Eso es, señor diplomático.

— Lo mismo pensaba yo.

— Perfectamente pensado, señor marino.

Y en tal caso hacerle la córte á la Marquesa, permítaseme la frase, en las mismas barbas de la criolla, es un gran paso, del que cualquiera de nosotros podría sacar mucho partido, despertando sus celos.

— ¡Celos de vanidad!..... exclamó el diplomático con desden.

— Pero celos al fin, replicó el Vizconde.

— ¡Oh! si, dijo el marino, el plan no es malo.

— Pues bien, continuó el Vizconde; ése era nuestro plan; ese plan es el que nos ha traído aquí á los tres á probar fortuna, sorprendiéndonos mutuamente en el momento de entrar en la platea. ¿No es esto cosa de risa?

— Esto es cosa, gritó el marino, de echar á pique la alianza, y que cada palo aguante su vela.

Aquí el diplomático se interpuso diciendo:

— Al contrario; descubierto ese recurso,

el convenio debe ser adicionado para que ninguno de nosotros pueda hacer uso de esa arma.

Aquí llegaba la conferencia de los tres aliados, cuando la orquesta anunció que el telon se alzaba por segunda vez, y el diplomático meditabundo, el marino furioso, y el Vizconde riyendo á carcajadas, corrieron á ocupar sus asientos.

Durante el entreacto vió Mercedes salir á Lanuza, que áun no había reparado en ella; pero que, en cambio, había visto á la Marquesa, y lo que es más, la había saludado con fina cortesía, cosa que interiormente la hizo sentir una sensacion muy desagradable, como si toda la sangre se le hubiera agolpado al corazon..... Estaba algo más cerca de ella que de Luisa, y sin embargo, la casualidad había hecho que la Marquesa resultase preferida. Ésta, por su parte, después que saludó á Lanuza, se volvió á sus amigos, emprendiendo con ellos una conversacion bastante animada.

La fortuna se declaraba esta noche en favor de la Marquesa, y el orgullo de la crio-

lla sufría cruelmente bajo el vivo escozor de semejantes humillaciones. Al ver salir á Lanuza, sintió, en medio de su vanidad de mujer, el dardo agudo de una terrible sospecha..... ¿Iria Lanuza á visitar á la Marquesa?..... Esta pregunta la hizo estremecer, y ante el temor de verlo aparecer en la platea de Luisa no pudo contenerse, y dirigiéndose al Duque y mirándolo por primera vez, le dijo:

—Tengo una curiosidad.

—¿Cuál?

—Acabo de ver á su famoso secretario.

—¿Á Lanuza?

—Al mismo.

—¿Es posible!.....

—Es más que posible..... es seguro.

—¿Dónde está?..... preguntó el Duque, poniéndose de pié y buscándolo entre la concurrencia.

—Acaba de salir en este momento.

—¡Oh! ¿cuántos leones habrá cazado?

—Ésa es mi curiosidad.

—¿Pues?.....

—Un capricho..... Deseo ser la primera

á quien cuente las raras aventuras de su expedición por la Argelia.

—¿Y cómo?

—Es muy sencillo, contestó Mercedes con impaciencia.....

—No sé.....

—¡Bah!..... la cosa es clara..... Si V. se apresura..... puede encontrarlo y.... traérmelo..... Me aburro sobranamente, y estoy segura de que sus narraciones me van á divertir mucho.....

—Pero, señorita..... replicó el Duque.

Ella le interrumpió diciendo:

—Si lo toma V. con esa calma..... renunció á mi capricho..... y seré muy capaz de emprender un viaje á África para ver yo misma lo que V. no quiere que me cuenten.

—¡Niña!..... exclamó su madre..... ¿qué está diciendo? Mire, Javier..... la niña lo hará como lo dice.....

El Duque abandonó el palco, lanzándose por los pasillos en busca de su antiguo secretario y diciendo:

—Sí señor..... Estos trescientos mil duros de renta empiezan á costarme muy ca-

ros..... Tiene mucha razón el que ha dicho que el dinero cuesta más de lo que vale.....

La criolla cogió sus gemelos, detrás de los que pudo espiar atentamente lo que pasaba en la platea de su futura cuñada, fingiendo mirar á otra parte.

De esta manera vió abrirse la cortina, dibujándose detrás de ella una sombra, cuyos pormenores no distinguía bien, y su corazón comenzó á latir apresuradamente. Observó con viva curiosidad que el general y Guillen, que acompañaban á la Marquesa, se levantaron para recibir al que entraba, y le pareció advertir en ellos señales de sorpresa y de agasajo; pero donde creyó ver un testimonio seguro de su desgracia fué en el rostro de la Marquesa.

Con esa mirada cauta y penetrante con que las mujeres ven lo que quieren ver, la Virgen América distinguió perfectamente la expresión iracunda que endureció de súbito las suaves facciones de su triunfante competidora al fijarse en el personaje que entraba en la platea. Con la misma rapidez con que arrugó el entrecejo y frunció la boca, seme-

jante á esas oscuridades que el sol disipa, iluminando de pronto los cielos y la tierra, al traves de las nubes rasgadas, el rostro de la Marquesa brilló con repentina sonrisa, serenóse su frente, y la bella señora, echando atras su cabeza con majestuosa arrogancia, tendió la mano al inesperado personaje que iba á visitarla á su platea.

Mercedes no quiso ver más..... creyó que lo habia visto todo..... y abandonó los gemelos, bajó los ojos y retorciendo entre sus manos el pañuelo, rasgó el finísimo encaje de que entaba adornado.

Si puede servir la expresion del semblante como dato, como indicio para calcular el orden de pensamientos que turba la tranquilidad del alma, no será temerario suponer que la criolla hablaba interiormente de esta manera :

— Ah, maldito Duque..... maldito Duque..... no sirve para nada..... Él, que viene como llovido del cielo..... cuando más falta me hace, va á caer en la platea de la Marquesa..... ¡Oh, rabia!.....

Mas, fueran estos ú otros sus pensamien-

tos, el hecho es, que dando media vuelta hácia el centro del palco, volvió completamente la espalda al público, apoyándola sobre el pasamanos.

En situacion tan desesperada la sorprendió el Duque entrando de repente. Seguiale otra persona, que se adelantó á saludar á la señora de Vegahonda, y que hizo lanzar á la niña un grito de asombro.

Era Lanuza.

¿Cómo se habia podido verificar esta traslacion repentina?..... ¿Por qué especie de magia aparecia nuestro héroe en el palco casi en el momento en que precisamente la criolla se volvía de espaldas para no verlo en la platea de la Marquesa?.....

Por una de esas dudas pueriles, que suelen apoderarse de las imaginaciones exaltadas, Mercedes no acertó á explicarse el caso, y casi maquinalmente lanzó la mirada á la platea, queriendo averiguar si habia dos Lanuzas en el mundo..... Mas apénas hubo fijado la vista, comprendió que debia reirse de sí misma, y así lo hizo, con todo el disimulo que le fué posible.

El personaje cuya sombra habia distinguido bajo la cortina de la platea, claro es que no era Lanuza..... Pero, ¡oh irrisión de las cosas! era el mismo Matusalem en persona, y ella habia incurrido en la imperdonable ligereza de confundirlos.

Miguel se inclinó delante de la señorita de Vegahonda..... estrechó su mano y le dijo:

—Siento en el alma que el Duque haya intervenido en esta visita, porque deseaba deberme á mí solo el honor de saludar á ustedes.

—Veo, contestó Mercedes, que la galantería no se pierde en África, y me alegro mucho de ello.

La señora de Vegahonda, viendo de pié al Duque y á Miguel, les dijo:

—Siéntense, siéntense..... Miren que van á cansarse.

Entónces la hija indicó á Miguel, por medio de un rápido ademan, el sillón que estaba junto á ella y que ántes ocupaba el Duque.

Miguel se sentó sin vacilar, y el Duque fué á colocarse al lado de la madre.

—Señor de Lanuza, preguntó la madre..... ¿con que es verdad que se ha hecho cazador de leones?.....

—Sí señora, contestó sonriendo..... pero todavía no he conseguido matar ninguno..... Despues de siete meses de campaña, me vuelvo sin haber disparado mi carabina. Ya ve V. que soy un cazador bastante leal, pues confieso mi mala suerte; cosa desconocida entre toda clase de cazadores, lo mismo de leones que de liebres.

—Pero habrá V. visto muchos en medio de la selva, dijo Mercedes.

—Ni uno..... he sido completamente infeliz en todas mis excursiones.

—Se comprende, añadió el Duque; los árabes sienten hácia el leon un respeto supersticioso y no miran bien que se atente á su vida; por consiguiente, les avisarian para que huyeran con tiempo.

—Es posible, contestó Miguel muy formalmente.

—De todos modos, siguió diciendo el Duque, pasar el verano en la Argelia no debe ser cosa muy divertida.

—Seguramente es mucho más divertido un viaje á París, dijo Miguel.

—¡Oh! no, exclamó Mercedes..... París, en resúmen, no es más que Madrid multiplicado por ciento, multiplicado por mil; los mismos personajes..... las mismas costumbres, los mismos trajes..... los mismos espectáculos, los mismos placeres y los mismos vicios..... Eso no es viajar, porque no es más que mudarse de casa. En cambio, un viaje á África, aunque no sea más que á la Argelia, es cuando ménos salir de Europa, de esta vieja Europa, que se cree con derecho á ser dueña del resto del mundo; es cambiar de cielo, de tierra y de naturaleza; es dejar la vida muelle de nuestras ruidosas ciudades, para ver, aunque sea de léjos, la vida errante y solitaria de las tribus salvajes..... que acampan en las selvas ó cruzan los desiertos; es ver otros hombres, otros pueblos, otras razas. En fin, añadió sonriendo con coquetería, ir á París á cazar bailarinas será muy divertido; pero ir á África á cazar leones es mucho más interesante.

—Es lástima, dijo el Duque..... es una

verdadera lástima que la buena sociedad, en vez de malgastar el tiempo en París, no haya caído en la cuenta de que debía aprovecharlo yendo una vez al año á estudiar las costumbres de los beduinos y á disfrutar las ignoradas delicias de la Argelia..... pero vaya V. á hacerle entender á toda esa gente alucinada que es mejor África que Europa.

A pesar de la afabilidad que el Duque manifestó al pronunciar las palabras que dejo escritas, la ironía con que fueron acentuadas hirió vivamente á Mercedes, que replicó diciendo:

—Ciertamente, sería una crueldad obligarle á V. á pasar un verano en la Argelia, y no sería yo la que me empeñara en semejante empresa; por lo demas, nuestros gustos difieren cruelmente.

Tenía el Duque demasiada malicia para no ver en la repentina predilección de Mercedes algo más que una extravagancia de niña mimada; mas al propio tiempo no tenía de sí mismo tan pobre idea, que se creyera súbitamente sustituido en el corazón de la criolla por la presencia intempestiva de La-